FULGOR ال المالية والحالية Joaquín D MURIETA

Esta es la larga historia de un hombre encendido, natural, valeroso, su memoria es un hacha de guerra.

Texto: Pablo Neruda Montaje: ITUCH

Dirección: Pedro Orthus Música: Sergio Ortega

Escenografía: Guillermo Núñez

Iluminación: Oscar Navarro Vestuario: Sergio Zapata

Coreografía: Patricio Bunster

Mientras el nombre de Neruda sonaba como uno de los más serios postulantes al premio Nóbel de literatura -finalmente concedido al centroamericano Asturias-, el ITUCH montaba y estrenaba su cantata Fuigor y muerte de Joaquin Murieta". Hubo natural expectación en torno a este estreno. Incluso más allá de nuestras fronteras varios conjuntos se disponían a emprender el montaje de esta obra. Con razón y un poco de sentido de la propaganda, el Instituto de Tea-

tro de la Universidad de Chile colocó junto al sustantivo "estreno" el adjetivo "mundial".

Pero si Neruda le puso la letra, Ortega le añadió la música, Orthus se hizo cargo de la dirección, y... así sucesivamente hasta que pudo aparecer ante el público la pieza teatral. La presencia de Ortega, de Orthus y de toda la plana del ITUCH constituía una atracción; pero, sin duda, el nombre de Neruda y su paternidad principal sobre la obra cautivaron y concentraron la mirada del público y de la crítica sobre el escenario del Teatro Antonio Varas.

Dada la importancia de esta cantata, la comentamos para el público de la región del Bío Bío, aun cuando aquí sólo se la conozca en calidad de lector y

DOS AUSENTES: MURIETA Y EL DRAMATISMO

Lo primero que llama la atención en esta pieza dramática es la ausencia de su protagonista. Sobre la escena sólo vemos su sombra y su cabeza decapitada. El destino de Murieta lo vamos conociendo a través de comentarios de sucesos. Esto, equivale a informarse sobre una guerra por las noticias de los diarios, sin un contacto directo, que es la marca más propia del arte dramático.

De este modo, la narración por boca ajena se convierte en un recurso forzado. Así nos enteramos de que Murieta se embarca tras el oro, que se enamora y se casa durante la travesía, que una banda de yanquis asalta su vivienda y destruye la vida de Teresa, que se transforma entonces de buscador de oro en bandido-vengador, que cae finalmente junto a la tumba de su amada. Talvez con este procedimiento se gane algo de fuerza épica, se desahogue mejor el ímpetu poético de Pablo Neruda, se revista la pieza de una inusitada magnificencia verbal. Talvez...; pero decae sin duda la tensión dramática. Prácticamente se desprende la obra de lo que es más esencial y característico de su género: movimiento y progresión. El personaje no crece ni se modela ante los especiadores. Todo se reduce a una serie de cuadros estáticos, mostrados en sucesión y comentados por el poeta, por algunos de los compañeros del héroe-bandido o por el pueblo anónimo. La construcción dramática, en suma, se apoya en elementos extrínsecos y muestra en forma tan indirecta los reflejos del sol que avanza, que no impresiona. Se diluye y desvigoriza el recto campo hacia el sacrificio del hombre-eje de la pieza. Murieta viene a ser una hoja transportada por el capricho del viento. El curso que describen sus pasos aparece determinado y, lo que es más grave, señalado desde

Por lo demás, se cumple en su integridad la aprehensión previa de que el drama naufragaría en un mar lírico, que Neruda ahogaría la trayectoria del bandolero en un follaje de imágenes y expresiones exquisitas, originales, relumbrantes.

Estamos frente a una obra que es más épica que dramática y cuyos fulgores líricos son más valiosos que los épicos. Quedamos con la impresión de asistir a una serie de cuadros plásticos inmóviles, bellos en muchos aspectos; pero no a un drama, que era precisamente lo que se pretendía. Recordamos el comienzo del cuarto cuadro en que todo el furor puesº to por el chileno para encontrar oro nos es simplemente narrado. Podrá Neruda revestir tal narración con todas las galas de su impresionante arsenal de imágenes, podrá deslumbrar con su brillo; pero... no comunica movimiento, no dramatiza.

FULGOR Y MUERTE

Reiteradamente hemos dejado entrever los valores poéticos de Neruda, la fuerza de sus imágenes,



Sergio Ortega



Pablo Neruda

Ya viene el galgo terrible a matar niños morenos: ya viene la cabalgata, la jauría se desata exterminando chilenos y con el rifle en la mano disparan al mexicano y matan al panameño en la mitad de su sueño. Ay qué haremos!

Pedro Orthous

Buscan la sangre y el oro los lobos de San Francisco, apalean las mujeres y queman los cobertizos y para qué nos vinimos de nuestro Valparaíso! Maldita sea la hora y el oro que se deshizo! Vienen a matar chilenos. Ay qué haremos! Ay qué haremos!



Un grabado de la época muestra a Joaquin Murieta como fuera idealizado: un candido galante y romántico, que recorrió las tierras de California durante el esplendor del oro.

Creciendo a la sombra de sauces flexibles nadaba en los ríos, domaba los potros, lanzaba los lazos,

ardía en el brío, educaba los brazos, el alma, los ojos, y se oían cantar las espuelas. cuando desde el fondo del otoño rojo bajaba al galope en su yegua de estaño, venía de la cordillera, de piedras hirsutas de cerros huraños, del viento inhumano. traía en las manos el golpe aledaño del río que hostiga y divide la nieve fragante y ya-

y lo traspasaba aquel libre albedrio, la virtud salvaje que toca la frente de los indomables y sella con ira y limpieza el orgullo de algunas cabezas que guarda el destino en sus actas de fuego y pureza, y así el elegido no sabe que está prometido y que debe matar y morir en la empresa.

la luminosidad que estalla en sus versos. Hay en esta obra un verdadero "fulgor". Enciende este fuego una temática que es obsesiva en nuestro vate. Desde luego, está presente la tierra chilena, evocada con maravillosa nostalgia. Impresiona la sensibilidad de Neruda para referirse a la Patria desde suelo extranjero. El paisaje natal surge entonces con inusitada potencia, y clama la vuelta del peregrino. Vibran sus versos con el poderoso reclamo a guarecerse en el ambiente materno, a regresar al clima de la infancia. Chile se agiganta en la lejama y desfila deslumbrador en una caravana de bellas y encendidas expresiones.

La muerte es otro elemento que constantemente aflora en la temática nerudiana. En la pieza que comentamos se alza como dominante. Ya al principio se nos dice que hay que abrir "el sepulcro del claro banº dido", para dejarnos al final frente a un túmulo y a una cabeza decapitada. La muerte asoma desde que se cuenta el nacimiento de Murieta y parece que se emª barcara en el velero que transporta a los chilenos hacia California. "No saben que ya comenzó su agonía."

Según Neruda, el chileno se define frente a la muerte. "Si me topo con la muerte, chileno soy." Igualmente, la mujer de nuestra tierra vive presintiéndola y disponiéndose fatidicamente a su encuentro, como lo señala el coro femenino en la cubierta de la embarcación y la misma Teresa en el diálogo que sostiene con su esposo en el lecho nupcial.

Matar y morir es el sino de Murieta, "hombre que mata y que muere siguiendo una estrella". Su sangre se transforma en una inmensa rosa sobre la tumba de Teresa y empapa una buena porción de versos en esta cantata fúnebre. Su voz se alzará patética desde ultratumba para asegurar que "mi muerta me esperaba y he llegado... Soy sólo una cabeza desangrada... Por herencia dejo mis heridas."

ODIO, VACIO Y RIPIO

La cantata representada por el ITUCH recoge otra de las típicas vibraciones del estro nerudiano, a saber, su sentido de la solidaridad y su capacidad para apreciar la cordialidad popular. Se transparenta

esta nota a lo largo de toda la pieza a través de multitud de detalles. En forma especial se encarna en la pareja de amigos formada inopinadamente entre el aduanero Adalberto Reyes y el minero copiapino

Las dimensiones de esta solidaridad se extienden más allá de las fronteras humanas hasta adquirir un compromiso cósmico. Sin embargo, su resorte profundo es el odio. Parecería, por lo menos, que su factor más evidente es la indignación y su tarea más inmediata la venganza. Vuelve Neruda a sus desahogos retóricos de "Canto General", vuelve a las invectivas y a la apasionada violencia. El poeta se descontrola, dejando caer de sus manos la varilla mágica de la poesía o transformándola en un eficaz y prosaico azote. Desaparece la inspiración, que es remplazada por la propaganda política. El poeta instintivo y grandioso, propenso a la exaltación, se lanza sin freno ni lima por un camino que no es el de la creación artística, que no es el de la poesía. El poeta que abandona esta senda es un hombre que se niega, se descalifica y se destruye. No hay otra explicación a ripios tales como: "¡Vengan al oro chilenitos!... Subdesarrolladitos!..." Otro tanto acontece con más de alguna nota estridente y de mal gusto.

No se puede generalizar sin cometer injusticias. Pero Neruda no sólo generaliza, sino que también pontifica, anatematiza y condena. Parece un dios vengador e inclemente, un ser infalible que indica estentóreamente quiénes son los buenos y quiénes los malos, o mejor, que separa con una división inapelable y tajante los dos bandos antagónicos en que hipotéticamente se divide la humanidad. Desde su trono, Neruda exalta hasta la santidad de Murieta, celebra todos sus actos y conmina a continuar su tarea.

Con respecto al bando contrario, su óptica comprometida lo conduce, primero, a amplificarlo hasta abarcar todo el pueblo norteamericano y, en seguida, sólo le permite ver y retratar su prepotencia, su imperialismo, su discriminación racial. Sólo los visualiza como encapuchados de un siniestro clan, como traficantes y ladrones que todo lo cotizan bajo el signo del dólar o como matones despreciadores de mexi-

En conclusión, la política invade y contamina los

Afiche invitando a la exhibición de la cabeza de Joaquin Murieta en Stockton, California, el 12 de agosto de

versos nerudianos, horadando su calidad poética hasta extinguir por momentos su capacidad de decantación lírica de la realidad. Por eso, decimos, abunda el odio con su secuela de vacío y de ripio.

Pero hay algo más. "Fulgor y muerte de Joaquín Murieta" está muy lejos de apelar a la inteligencia del espectador para que en él se elabore la indignación, como sucede en la obra dramática de Bertold Brecht. Neruda se encarga de entregar no los materiales que, una vez asimilados, producirán como en una síntesis espontánea la ira, sino la ira en sí, violenta y desatada. Se ejerce una verdadera presión sobre el público, notoria sobre todo cuando el coro de mujeres avanza e increpa a los hombres de la platea , gritando desde los pasillos: "¿No tienen sangre en las venas? ¿No tienen luz en el alma, no tienen manos chilenas...? ¿Que no tienen corazón?"

Es lamentable que tanta exageración y desmesura, tanta carencia de respeto y de matices, tanta discriminación pueril, susciten una reacción negativa y debiliten una pieza que, por otra parte, contiene

Tal toma de posición por razones no literarias parece empobrecer la vena poética de Neruda, entregarle una interpretación simplificada de la historia y reducir el ámbito de su solidaridad.

MAGNIFICA PUESTA EN ESCENA

La experiencia acumulada por el ITUCH en anteriores montajes con directores extranjeros invitados -pensamos concretamente en Atahualpa del Cioppo con "Círculo de tiza caucasiano" de Bertold Brecht y, más aún, en William Oliver con "Marat-Sade", de Peter Weiss- sale a relucir en la pieza de Pablo Neruda, destinada a cantar y a llorar al bandido Joaquín

Lo más sobresaliente de la puesta en escena es el espíritu de conjunto que ella revela. Se requiere una enorme conciencia artística para aceptar papeles en apariencia insignificantes por parte de actoress consagrados. Resulta una verdadera . lección ver a Bélgica Castro, a Rubén Sotoconil y a tantas otras grandes figuras de nuestro teatro actuando como simples miembros de un coro. Pero, además de humildad y disciplina, los miembros del ITUCH demuestran dedicación y cariño por el teatro, por el elenco que integran y por la obra representada.

La puesta en escena es, a primera vista, sencilla por lo elemental del decorado; pero tremendamente complicada por lo que exige en iluminación, en proyecciones, en vestuario, en música, en movimientos de personajes y grupos. "Fulgor y muerte de Joaquín Murieta" requiere precisión y gracia - un verdadero sentido coreográfico- para acercarse al público.

GERARDO CLAPS.